

su monarquía, porque el antiguo furor de los araucanos los arrojara á morir hasta postrar en tierra las águilas de sus banderas.

Lucano, describiendo las naciones que en favor de Pompeyo y César juntó la fortuna en los campos Emathios, nombra á cada una con epítetos diferentes, si bien legítimos; y llegando á la nuestra, dice: «Halláronse también al trance desta guerra los *peleadores* españoles:» de suerte que á España sola señala con atributos de valerosa y guerrera. Pues esta misma nación, que tantos laureles ha conseguido, penetrando con sus banderas los más escondidos senos de la América, es la que hoy no puede llamarse vencedora de Chile; porque despues que el marqués don García triunfó dichosamente de sus estados rebeldes, en el ardor de los mejores capitanes, poniendo yugo á sus erguidos cuellos, de suerte lo sacudieron con su ausencia, que en tan prolijos años (heredando el valor de sus bárbaros padres) no han dejado á España con el menor blason de su vencimiento.

El estado de Arauco, breve en el sitio, pues contiene solas diez y ocho leguas, está labrado con huesos de españoles; que con ménos soldados de los que ha costado Chile se hizo Alejandro señor de todo Oriente.

Estando yo en Lima el año de 605, me contó un capitán de aquellos estados que un levantisco, soldado nuestro, se había pasado á los bárbaros, y por arbitrio de más ofensiva guerra les dijo, que pues tenían tantos arcabuces ganados en despojos nuestros á costa de su misma sangre, que él les quería enseñar el uso de la pólvora, para servirse dellos en ofensa nuestra. Llevó por premio de su arbitrio el hacerse blanco de infinitas flechas, donde perdió la vida, juzgando los indios por afrenta el uso de armas tan ofensivas, cuando el valor de los brazos los llama libertadores de su patria. Pues estos bárbaros, que muchas veces desafian cuerpo á cuerpo á nuestros capitanes, dicen soldados antiguos de aquel reino que son muy inferiores en esfuerzo á aquellos que militaron en tiempo del marqués don García; que aunque es verdad que estos están exentos y libres de la española servidumbre, y aquellos la sufrieron, no fueron deméritos de su valor, sino invencible atrevimiento y prudencia militar del español caudillo. Campo abierto te dejo para toda ponderación, asegurándote que cuando te juzgues desvanecido en buscar encarecimientos de hazañas heroicas, no has de llegar al crédito que merecen las tuyas.— *Vale.*

NOTA. La comedia va reimpressa en la forma de la primera edición, sin dividirla en escenas; pero se pone el nombre de cada poeta al principio del trozo que le pertenece.

ALGUNAS HAZAÑAS DE LAS MUCHAS DE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA, MARQUÉS DE CAÑETE.

PERSONAJES DESTA COMEDIA.

Españoles.		Indios.	
EL MARQUÉS.	REBOLLEDO, <i>alférez.</i>	CAUPOLICAN, <i>general.</i>	OROMPELLO.
DON FELIPE DE MEN- DOZA, <i>su hermano.</i>	GHILINDRON, <i>soldado,</i> <i>gracioso.</i>	ral.	LEOCOTAN, <i>mágico.</i>
REINOSO, <i>maese de</i> <i>campo.</i>	Y OTROS SOLDADOS ESPA- ÑOLES.	RENGO.	GALVARINO.
		TUCAPEL.	COQUIN, <i>indio, gra-</i> <i>cioso.</i>
		COLOCOLO, <i>viejo.</i>	NACOL.
			GUALEVA.
			GUACOLDA.
			QUIDORA.
			Y OTROS INDIOS SOLDADOS.

ACTO PRIMERO.

(De don Antonio Mira de Améscua.)

Tocan cajas: salen todos los INDIOS y
INDIAS que pudieren, y DOS COROS DE
MÚSICA.

CAUPOLICAN.

Prosígase la fiesta
En el eterno abril desta floresta,
En quien altos sucesos
Tumbas han hecho de españoles hue-
Aqui en esta campaña [sos.
Muerto Valdivia fué, terror de España.
Celebra la memoria
Donde alcanzasteis la inmortal vitoria.

TUCAPEL.

Caupolican famoso,
Que compitiendo con el sol hermoso,
A quien Arauco adora,
Coronaste la frente vencedora
De eternos resplandores,
No de guirnaldas de caducas flores,
Celebra y soleniza
Sobre la negra y pálida ceniza
Del español vencido
Las vitorias que el sol te ha concedido.
Tucapel te acompaña:
¡Vivan tus glorias, á pesar de España!

RENGO.

La fiesta se prosiga,
Porque la fama con sus lenguas diga
Que Arauco está triunfando
De España, la que el orbe va ganando,
La antipoda eminente
De Arauco, que es república valiente,
En cuyos valles tengo
Eternizado ya el nombre de Rengo.

GUALEVA.

¡Pensaba España acaso
Por piélagos de espuma hasta el ocaso
Sujetar las regiones,
Sin encontrar magnánimos leones
Que resistan las luces
Ó rayos de tronantes arcabuces?
Pensaba que estos montes,
Vientos y mares, cielo y horizontes
No ven los mismos grados
De altura que en España están marca-
Engañase si piensa [dos?
Que la ártica virtud es más inmensa.
No somos, no, de aquellos
Que, sin valor, sin barba y sin cabellos,

Vivieron otro clima
En los reinos de Méjico y de Lima.
Aqui somos hermosas
Competidoras de las blancas rosas
Las mujeres, y bellas
Como el claro brillar de las estrellas:
¿Qué mucho que los hombres
Él otro polo espanten con sus nombres?

COLOCOLO.

Al blanco otra vez tiren
Porque al centauro celestial admiren,
Despidiendo saetas
Que ganen la guirnalda de mosquetas,
Que agora están corridas
De verse de ninguno merecidas;
Pues al blanco tiraron,
Y las flechas apenas le tocaron.

CAUPOLICAN.

Pues ya mi altiva diestra,
Que solo con el sol entró en palestra,
Por ganar esas flores,
Cometas ha de hacer los pasadores;
Que quiero que con ellas
Gualeva se corone en vez de estrellas.

COQUIN.

También á los Coquines
Parieron padres para oler jazmines.
Coquin ha de tirar sin resistencia:
Señor Capon-y-can, tenga paciencia.

RENGO.

Aparta, loco y necio:
Competir con nosotros es desprecio.

COQUIN.

Bravo Rengo, perdona;
Que no soy bestia yo, sino persona.
Y á fe, mal me conoce;
Que tiramos á un blanco diez ó doce,
Y ninguno dió en él el otro día;
Y llegando la mía,
Apuntéle muy bien, y aunque soy loco,
Tiré la cuerda, y no acerté tampoco.

RENGO.

Así agora será.
Mis araucanos,
Pongan los cielos tiento en estas manos.
Allá va. (Tira al vestuario.)

GUALEVA.

Su simpleza maravilla.
COQUIN.
Apénas di del blanco media milla.
TUCAPEL.
No es mucho.

COQUIN.

¡Ah cruel fortuna!
En mi vida acerté cosa ninguna.
CAUPOLICAN.
Flecha, que el viento lleva
Por flores que coronen á Gualeva,
Toma aliento y favores
De su misma deidad, no de las flores.
(Dispara.)

GUALEVA.

La flecha al viento corta
Como los rayos que la nube aborta,
De horror y espanto llenos:
Solo le faltan al nacer los truenos.

TUCAPEL.

Al blanco fué derecha:
Alma llevaba la admirable flecha.

CAUPOLICAN.

La fuerza le infundia,
Con que la esfera lóbrega rompía,
Gualeva: no te espantes
Si penetrara muros de diamantes.

COLOCOLO.

La guirnalda mereces.

TODOS.

¡Viva Caupolican!

COQUIN.

Beba tres veces.
CAUPOLICAN.

Gualeva la reciba;
La deidad de Gualeva solo viva.
(Pónele la guirnalda Caupolican, y
cantan los músicos.)

CORO 1.º

Los españoles tiranos
A Arauco domar quisieron;
Y sus sepulcros hicieron
En estos valles ufanos
Los araucanos.

CORO 2.º

Pretendieron Villagran
Y Valdivia la vitoria;
Pero quitóles la gloria
Nuestro fuerte capitan,
Caupolican.

LOS DOS COROS.

Lleve la fama la nueva
Al hemisferio español
Sobre los rayos del sol,
Que para alumbrar se lleva
Los de Gualeva.

COLOCOLO.

Estas plumas esperan

La lucha infatigable.
TUCAPEL.
Ya veneran
La frente de Quidora.
RENGO.
De Guacolda dirás, alba que llora
La muerte de Lautaro.
TUCAPEL.
Claro es que he de vencer.
RENGO.
No está muy claro.
COQUIN.
Bien dice que está oscuro,
Pues que las plumas y luchar procuro.
TUCAPEL.
Aparta, y neciamente no presumas.
(*Derriba á Coquin en el suelo.*)
COQUIN.
Derribóme, pardiéz: déñle las plumas;
Y si soberbio está porque ha vencido,
Sepa el buen Tucapel que no ha querido
Derribarme ninguno, que sin miedo
No me haya derribado con un dedo.
TUCAPEL.
Siempre, Rengo, te opones
A mi heróico valor y á mis acciones:
¿Por qué, Faeton osado,
No cedas al poder que me dió el hado?
(*Luchan.*)
RENGO.
¿Por qué en vano blasonas,
Si saben mi valor las cinco zonas?
Y aun la Tórrida sabe
Que la puedo abrasar con luz más grave.
CAUPOLICAN.
Dos pinos se estremecen...
Columnas son del sol... montes parecen.
Bravos soldados tengo
Contra Felipe en Tucapel y Rengo.
GUALEVA.
Los dioses inmortales
Las armas y el valor les dan iguales.
GUACOLDA.
La verde tierra gime
Cuando la fuerza de los dos la oprime.
CAUPOLICAN.
Las plumas se dividan;
Pues crespas con el aire, se convidan
A ser premios lozanos
De tan igual valor. Basta, araucanos.
(*Pone el arco entre los dos.*)
Las plumas se dividan, si bastantes
Son cuatro plumas para dos gigantes.
TUCAPEL.
Tu voz y arco respeto.
RENGO.
Cetro es el arco; yo le estoy sujeto.
(*Apártanse.*)
COLOCOLO.
Tomad las blancas plumas,
Que parecen del mar rizas espumas.
TUCAPEL.
Las dos que faltan tu deidad perdone,
(*Dalas á Quidora.*)
RENGO.
Y Gualeva con estas se corone.
(*Dalas á Guacolda.*)
MÚSICA.
En el ameno verjel
Que riegan varios cristales,
Aun los dioses inmortales
Tiemblan la furia cruel
De Tucapel.

CORO 2.^o
En los ojos soberanos
De Guacolda vive el sol,
Y por Rengo al español
Atan las valientes manos
Los araucanos.
CAUPOLICAN.
Por fin de nuestra fiesta
(*Saca una calavera hecha como casco.*)
Todos atiendan á mis labios. Esta,
Que veis aquí, desnuda
De cabellos y sangre, taza muda,
En que beber pretendo,
Cabeza fué del capitán, tremendo
Hasta la ardiente Libia:
Aquí pulsaban sesos de Valdivia.
Las cenizas que hay dentro,
Suyas han sido y vuelven á su centro.
(*Hace que se rompe el brazo con una daga, y sale sangre, que cae en el casco.*)
Con sangre de mis venas,
De horror y de venganza estarán llenas;
Que os brindo desta suerte
Con la bebida que mató á la muerte
La sed y ardor profundo:
En esta sangre mi valor infundo.
En esta sangre mi valor infundo.
Bebed, bebed mi furia; [juria.
Que os brindo con venganzas de una in-
TUCAPEL.
Ansí nuestros mayores
Se conspiraban sobre aquestas flores,
Y su sangre bebiendo,
Iban las almas y el valor partiendo.
(*Hacen que beben los indios.*)
COQUIN.
Bebida regalada,
Y en taza de cristal, limpia y penada!
Vive el sol, que no quiero
Hacer razon á brindis que es tan fiero!
¿Tu sangre chupar yo, y que note duela?
No quiero, no, valor de sanguijuela.
TUCAPEL.
La libertad sagrada
En esta ceremonia está jurada.
RENGO.
Libre la frente altiva
De Arauco ha de ser siempre.
TODOS.
¡Arauco viva!
CAUPOLICAN.
Y nuestro fuerte estado
Nunca del español será domado.
MÚSICA.
Los españoles tiranos
A Arauco tomar quisieron;
Y sus sepulcros hicieron
En estos valles ufanos
Los araucanos.
Pretendieron Villagran
Y Valdivia la vitoria;
Pero quitóles la gloria
Nuestro fuerte capitán,
Caupolican.
Sale GALVARINO, las manos cortadas.
GALVARINO.
Caciques valerosos,
A pesar de los hados, animosos,
Volved la fiesta en llanto,
Si mi desdicha mereciere tanto.
Yo soy el Galvarino,
Que llega por su misero destino
A ver sus araucanos,
Divididos los brazos de las manos:
Tragedia soy funesta
Y espectáculo triste de la fiesta.

En esos mares frios,
Que abismos son de espuma, seis na-
Prodigios españoles, [vios,
Haciendo de las aguas tornasoles,
Con las valientes quillas
Al sol envidia dan y maravillas.
Domar quieren á Arauco
Sobre los reinos de Neptuno y Glauco,
Y su gente gobierna
Un jóven de valor y fama eterna,
Que llaman don García
Hurtado de Mendoza, luz del día.
El marqués de Cañete
Vitorias desde Lima al Rey promete;
La fama al Virey dijo
Que Arauco está rebelde, y á su hijo,
Mancebo bravo y fuerte,
Envia con poderes de la muerte.
Atrévime á un soldado,
Que refresco buscaba desmandado;
Atrévime y herile,
Y tembló de su voz el mar de Chile.
¡Infeliz! me ligaron,
Y como veis, las manos me cortaron,
Porque aqueste tormento
De ejemplo os sirva á todos y escarmien-
Lo mismo hará de todos [to.
Aquel rayo español de ilustres godos:
Al arma apercebidos;
Que paren rayos esos seis navíos.
CAUPOLICAN.
Soberbios araucanos,
Busquemos la venganza de estas manos.
Vive el sol, vive el día,
Que lo mismo he de hacer de don García!
TUCAPEL.
Fuerte español, espera
De Tucapel la furia.
RENGO.
¡España muera!
(*Van á entrar, y deliñelos Colocolo, viejo.*)
—
(*Del conde del Basto, hijo del marqués de Belmonte.*)
—
COLOCOLO.
¿Dónde vais á morir determinados,
Cuando se os llega el postrimero día?
¿Habeis previsto el órden de los hados?
¿Sabeis quién es aqueste don García?
Volved á detener los plés airados:
No os admireis de que la lengua mia
Os refiera de quién ha procedido;
Que en libros españoles lo he leído.
Deste pues don García, cuya extraña
Majestad es de Júpiter desmayo,
Pues ya le tiembla la divina hazaña,
De aquestas Indias generoso rayo,
Su primero ascendiente fué de España
Tan gran restaurador como Pelayo:
Lope Manso es su nombre, á cuyas glo-
rias
Debe España tan inclitas memorias.
Este despues (á quien favor promete
El infante don Zuria y Memorana,
Hija del rey de Escocia) dió á Cañete
Primer nombre por línea soberana:
Altamira en Vizcaya borró al Lete
El olvido mayor, quedando ufana
De su hijo don Íñigo Castilla.
De España entonces la mayor cuchilla.
Don Lope Íñiguez luego pone á raya
En Roncesvalles al frances brioso;
El cuarto señor llega de Vizcaya,
Don Íñigo, su hijo valeroso:
Este, en quien Marte su valor ensaya,
Ganó á Castrojeriz, y al generoso [do,
Don Íñigo, también Lopez, dió al mun-

Primer conde de Ordoño, rey segundo.
Don Hurtado famoso de Mendoza.
Primer señor de aquesta casa altiva,
Sangre y blasones de los reyes goza.
Porque en sangre real su nombre viva:
Aquí la fama oyendo, se alborozó,
Al que ilustró la fama fugitiva,
Al que de Cuenca fué por leal acero [ro.
Mayor guarda y del Rey mayor mont-
Dióle el conde don Tello á su heredera,
Doña Maria hermosa de Castilla,
Que sobrina del rey Enrique era,
Y de España gloriosa maravilla:
Juan Hurtado, su hijo, en quien espera
El orbe, ya que á su valor se humilla,
Cuñado del maestre don Rodrigo.
De sus grandezas fué el mayor testigo.
Este, de la lealtad columna y basa,
En Cuenca, donde de Aragón venian
Sus infantes, les dió su propia casa;
Pero á veinte mil hombres que traían,
Con mano escrupulosa, aunque no esca-
[sa.
La entrada les negó que hacer querían
En la ciudad, haciendo más efeto
En el la vigilancia que el respeto.
Honorado despues, cuyo valiente
Espiritu, de Marte ardor recibe,
Compró con riesgos título excelente,
Que en bronce eterno ilustre fama escri-
Blasones adquirió tal decendiente [be:
A esta gran familia; que aun hoy vive
Aquel valor con que su fuerte espada
Rayo fué de los campos de Granada.
Defendió de Castilla las fronteras,
Venciendo mil batallas; y llegando
A fijar en Granada sus banderas
La gloriosa Isabel y el rey Fernando,
Mayor Alcides de mayores fieras,
Juan Hurtado en sus vegas murió, dando
Tal fama á su valor su fuerte acero,
Que siendo rayo, le trocó en lucero.
Fué destes santos reyes gran privado
Don Diego Hurtado de Mendoza, y luego
Reinó Carlos, y habiendo en él ballado
Al valiente Cipion y á Ulises griego,
A España le envió, donde quietado
Del segundo marqués el civil fuego,
De las comunidades tan temido,
Como el Emperador fué obedecido.
Don Hurtado, despues que á sus histo-
rias
Con Carlos Quinto dió plumas fieles,
A su lado alcanzadas mil vitorias,
A su lado ganando mil laureles;
Colgando de sus templos mil memorias,
Varando á sus memorias mil bajeles,
Descansaba glorioso en sus estados,
De sus triunfantes palmas coronados;
Cuando, porque el Perú se levantaba,
Mirando el César que el Neptuno anciano
Retirado en Cañete descansaba, [no
Volvió á inquietar aquel consejo cano:
Tomó el Marqués segunda vez la clava,
Al tridente otra vez volvió la mano;
Llegó al Perú: ¿quién hoy, decidme ago-
Los rayos deste Júpiter ignora? [ra,
Hijo deste es el bravo don García,
Que á Chile con sus naves ha llegado,
Cuya fama los brazos desafia,
Cuyo valor los siglos ha parado:
¿Parécenos, con tan loca valentia,
Con furor sin consejo tan osado,
Probar las armas en dudosa guerra
Con quien ley pone al mar, freno á la
tierra?
Mejor es que una espía cuidadosa
Vaya á inquerir sus fuerzas y su gente.
CAUPOLICAN.
Los dioses guarden esa edad gloriosa,
Pues tu consejo ha sido tan prudente

Tucapel, esta hazaña valerosa
Es de ese juicio y ese ardor valiente:
Parte á ver con qué fuerzas ha venido
Esa furia que España ha producido.
TUCAPEL.
¿Yo espía, Caupolican! ¿yo mirar solo
Qué gente trae ó qué furor reparte!
Si fuera á sustentar aqueste polo,
Ann no pudiera, capitan, culparte.
Mándame que los rayos robe á Apolo,
Mándame que la espada quite á Marte;
Y no que vaya á ser espía de aquellos
Que presto he de matallos y vencillos.
GUACOLDA.
Caupolican, yo espía seré segura,
Pues daré al español pocos recelos.
COLOCOLO.
Tu gente en tanto ordena y asegura,
Pues nos ordenan este bien los cielos.
RENGO.
Ve, Guacolda, y en viendo tu hermostu-
Los matarán las iras de mis celos. [ra,
CAUPOLICAN.
Parte, Guacolda; aunque mejor podria
Ser tan hermosa luz del sol espía.
GUACOLDA.
Yo sabré sus ardidés recatada,
Yo iré á reconocer el enemigo;
Pálas seré con esta gente airada,
Pues las venganzas de Lautaro sigo.
QUIDORA.
¿Quieres ir de Quidora acompañada?
GUALEVA.
¿No irá Gualeva?
GUACOLDA.
Nadie ha de ir conmigo
Sino Coquin.
COQUIN.
¿A mí me has escogido?
Hoy todo lo gracioso ha perecido.
QUIDORA.
Fa pues, valientes indios, suene airado
El belicoso son de las trompetas;
Alzad el fresno con acero herrado,
Flechad los arcos, prevenid saetas;
Y pues Marte en batallas ha trocado
El festivo furor de sus atletas,
Partamos á vencer á sangre y fuego;
Celebrarémos dos vitorias luego.
(*Tocan cajas, y se entran todos.*)
—
(*De Luis de Belmonte.*)
—
Sale DON FELIPE DE MENDOZA, RE-
BOLLEDO, CHILINDRON, y SOLDA-
nos con espuestas de tierra, y otros
con hachas encendidas.
DON FELIPE.
Ea, valientes soldados,
Esta noche ha de quedar
Hecho el fuerte.
REBOLLEDO.
Es trabajar
Para doblar los cuidados.
¿No es mejor que en la campaña
Nuestras personas guardemos,
Sin que muros levantemos
Adonde el valor se engaña?
El soldado no ha de ver
Cosa que respete y guarde;
Que viene á hacerlo cobarde
Solo el temor de perder.

(Ap. Sabe el cielo que quisiera
Que llegara á las estrellas
El fuerte, para que en ellas
Asegurarme pudiera;
Que el temor que vive en mí
Es más que el fuerte mayor;
Pero acredito el valor
Porque la infamia temi.)
DON FELIPE.
Rebolledo, bien blasonas;
Pero este fuerte que ves,
Para los trofeos es,
Mas no para las personas.
Y mi hermano don García
Valor tiene que prestar,
Y pues lo ha mandado alzar,
Conoció que convenia.
REBOLLEDO. (Ap.)
Tambien lo conozco yo.
CHILINDRON.
¿Plega á Dios, seo Rebollo,
Que no nos parezca el miedo
Gentilhombre!
(*Vanse todos, menos don Felipe y Chi-
lindron.*)
DON FELIPE.
Bien logró
El trabajo nuestra gente.
CHILINDRON.
Bizarros peones son.
DON FELIPE.
Y con eso, Chilindron,
Con ver que estoy yo presente,
¿No trabajas!
CHILINDRON.
Yo, señor,
Hacer por uno pretendo:
Lo que trabajo defiendo,
Que no es pequeño valor.
Si te ha parecido poco
Una espuerta que lleve,
Sobre ella misma estará
Peleando como un loco.
Los demás que el muro encierra
Trabajen hasta caer;
Que yo pienso defender
Solo mi espuerta de tierra.
REINOSO, con una hacha encendida.
REINOSO.
Señor, tu valiente hermano,
El general don García,
Que desde la aurora fria
Al ancho mar Oceano
Con prudencia y con valor
Dilata á voces su fama,
Hoy, á su ejemplo, nos llama
A la vitoria mayor.
El mismo, como el más pobre
Soldado que el campo encierra,
Cargando espuestas de tierra,
Hace que el tiempo le sobre.
De suerte nos ha animado
Solo el verle trabajar,
Que hoy pudiera fabricar
Un fuerte cada soldado.
Y porque faltar no pueda
Donde la tierra se lleve,
Para que el trabajo pruebe
Quien por inútil se queda;
Haciendo francas las puertas
De su tienda, á nadie ingrata,
Sus mismas fuentes de plata
Están sirviendo de espuestas.
Ya viene el Marte segundo,
Heróico valor de España.

En tu servicio; yo iré,
Y el campo descubriré.
MARQUÉS.
Pues luego te has de partir.
CHILINDRON.
Y con tan nueva invencion,
Que aun á mi me he de engañar. (Vase.)
MARQUÉS.
No te quiero castigar,
Mujer, porque la traicion
Es en la mujer flaqueza,
Y estimalla es cobardia;
Véte en paz á quien te envía,
Cuya arrogante fiereza
Fio en Dios que he de amansar
Con los soldados que miras. (Vase.)
GUACOLDA.
A notable empresa aspiras.
¡Que no le pude engañar!
Desgraciada en todo he sido.
REBOLLEDO.
No he visto mujer más bella:
Rayos del sol atropella.
¡Vive Dios, que me ha vencido
Su bizarro talle y cara!
GUACOLDA.
Coquin, si ya por cobarde
Has confesado, no es tarde
Para la emienda: repara
En el fuerte que hoy han hecho,
Para que el aviso des
A nuestra gente; los piés
Han de ser de más provecho
Que la lengua: parte, amigo,
Y de ese bosque á la entrada
Harás que aguarde emboscada
Nuestra gente.
COQUIN.
Ya me obligo
A que la yerba no sienta
Mis plantas; que por vengar
Mi agravio, aprendo á volar. (Vase.)
REBOLLEDO.
Noche ha de ser, si se ausenta
Aquesta hermosa araucana.
GUACOLDA.
Español, saber querria
Quién es este don García
Que con pompa soberana
A nuestros términos llega
Tan bizarro y orgulloso.
Si es hijo del sol hermoso,
¿Para qué sus luces niega?
Y si es hombre, ¿cómo á un hombre
Temeis de tan poca edad?
REBOLLEDO.
Oye, y sabrás la verdad,
Porque su valor te asombre.
De la más ilustre sangre
De España blasones goza,
En cuyos timbres y escudos
Mira el sol regias coronas.
Gran discípulo de Marte,
Por las militares glorias
Trocó lascivos regalos,
Donde el más cuerdo se engolfa.
Dejó su padre y su casa,
Y cuando abrasada Europa,
Brotaba marciales fuegos
Al son de bastardas trompas,
Pasó á Italia, donde puso
Tan á riesgo su persona
En singulares empresas
Y escaramuzas forzosas.
Que aunque es un rayo su espada,
Como la vió vencedora
Marte, la juzgó prodigio,
Y el sol valor de Mendoza.

Sitios, batallas y nombres
Dejo, porque tú lo ignoras;
Que adonde falta noticia,
Pierden valor las victorias.
A Flándes partió, y pasando
Por Alemania unas tropas
De armada caballeria,
Rebeldes á la corona
Del imperio, le encontraron;
Y como tan bien se opongan
A la fuerza los ardidés,
Con una traza ingeniosa
Se escapó, y llevó la nueva
Al César, donde malogra
La esperanza á los rebeldes,
Que por vencidos se postran.
Hallóse con Carlos Quinto
En sus heróicas victorias,
Al socorro de Rentin,
Y en la batalla dichosa
Que dieron al rey de Francia
En el Casal, donde á todas,
Si no adelantó su espada,
La igualó con virtud propia.
Luego Filipo Segundo,
De la corona española
Digno monarca, envió
A las provincias remotas
Del Pirú á su heróico padre,
Que como patricio en Roma,
Descansaba del trabajo
De las armas vencedoras.
Estaba alterado el reino,
Donde importó su persona
Para templar rebeldias
Y para asentar concordias.
Acompañóle su hijo,
Que es el capitán que asombra
Con su nombre el mar de Chile,
Pues ya le tiemblan sus costas.
Este es el mancebo ilustre
Que en esas murallas toscas
En su acreditado pecho
Está ensayando victorias.
Este es el rayo de Arauco,
Que desde el cielo de Europa,
Filipo, Júpiter nuevo,
Para abrasaros lo arroja.
GUACOLDA.
¿Puede hacer por más de un hombre?
Pues Chile hará que conozca
Que en escarmientos ajenos
Puede haber afrentas propias.
Quédate en paz.
REBOLLEDO.
Oye un poco.
GUACOLDA.
Es ya la prisa forzosa.
Arriba REINOSO y UN SOLDADO.
REINOSO.
El vallé seguro está,
Si el bárbaro no se embosca
Por esa vecina selva.
REBOLLEDO.
Quisiera, hermosa Guacolda,
Que el puro amor que te muestro
Le estimes y le conozcas.
GUACOLDA.
Pues si me quieres y estimas,
Véte conmigo.
REBOLLEDO.
La honra
Es en hombres bien nacidos
Más que el amor poderosa.
GUACOLDA.
Pues ya me voy.

REBOLLEDO.
Muy bien puedes.
GUACOLDA.
Mi ventura ha sido corta,
Pues que no llevo esta presa
Por señal de mi victoria. (Vase.)
REBOLLEDO.
¿Qué presto iba desmintiendo
Mis esperanzas dichosas,
Pues descuidado y lascivo,
Haciendo al amor lisonjas,
Iba perdiendo el honor,
Sin ver que el riesgo pregona
Afrentas para el cobarde,
Para el osado victorias! (Vase.)
REINOSO.
Hasta que pase el invierno,
Aunque nadie nos socorra,
No quiere salir al campo
Don García.
SOLDADO.
Alientos cobra
El enemigo, en sabiendo
La resolucion que toma,
Y ha de juzgarla á temor.
REINOSO.
Verán su engaño las obras.
Sale COQUIN.
Desde aquí, sin que me vean
Los soldados que coronan
El fuerte, daré el aviso
Para que marchen las tropas
De mi gente. ¡Lindo sitio!
Aquí me siento á la sombra
De esta peña. ¡Ah quién se viera
En esta campaña a solas
Con aquel españolillo!
¡Oh ladrón! ¡En qué congojas
Me vi, danzando en el aire
Peligrosas cabriolas!
CHILINDRON, vestido de yerba.
CHILINDRON.
Yo muchos miedos he visto,
Pero no como el de ahora;
Mas ya está echada la suerte:
La traza ha sido famosa,
Salvo mejor parecer.
(Ve Coquin á Chilindron.)
¡Valedme, Virgen de Atocha,
Que he visto en el bosque un bulto!
COQUIN.
Mucho se mueven las hojas
Para no hacer aire.
CHILINDRON.
El cielo
Por su piedad me socorra;
Que aquel indio es añagaza
De los demas que se emboscan;
Pero mientras les avisa,
Le pescaré la persona,
Y será bizarro lance:
Dios sobre todo.
COQUIN.
No sopla
Viento tan grande, que pueda
Mover un árbol. ¿Qué importa?
Mas que los derribe á todos.
Si; mas árboles con botas,
No los he visto jamas.
El miedo causa estas sombras,
Claro está: vuelvo á sentarme.
CHILINDRON.
En desplegando la boca
El indio, me hacen harina.

COQUIN.
El alma tengo dudosa.
¿Si fuese lagarto en pié?
CHILINDRON.
¡Oh! noramala lo coma
El señor indio. (Cae sobre él.)
COQUIN.
¿Eres tigre?
CHILINDRON.
No por cierto.
COQUIN.
¿Qué eres? ¿Onza?
CHILINDRON.
No, sino adarme.
COQUIN.
¡Ah español!
CHILINDRON.
Gastemos palabras pocas;
Que soy corto de razones,
Y permita que le ponga
Este lazo en las muñecas.
¡Jesus! ¡Válgate la mona!
Tú veniste á ser borracho.
Ea, camina.
COQUIN.
Por dos horas
Te ruego que nos sentemos;
Que no es de perder la sombra
Destos plátanos.
CHILINDRON.
Ya entiendo.
¿No es mejor que yo te ponga
Por sombra, colgado al sol?..
COQUIN.
¿Dónde, español?
CHILINDRON.
En la horca.
(Vase.)
REINOSO.
Ya por la punta del bosque
Se van descubriendo tropas
Entre enemigas banderas.
Es gente que no reposa
Sino es tomando venganza.
EL MARQUÉS, REBOLLEDO, DON
FELIPE, y GENTE, arriba.
MARQUÉS.
Ea, soldados, la dichosa
Ocasion se nos ofrece,
En que la furia española
Dé alientos á la opinion.
El fiero bárbaro asoma
Orgulloso y confiado.
DON FELIPE.
Si son de Dios las victorias,
El las dará á quien le sirve.
Tocan, y salen CAUPOLICAN, TUCAPEL, RENGO y OROMPELLO y GENTE.
CAUPOLICAN.
Españoles, ya es forzosa
Vuestra muerte en la defensa;
Que no hay valor que se oponga
Al bravo Caupolican.
MARQUÉS.
El silencio te responda
Por mí, soberbio araucano.
TUCAPEL.
Pues remites á las obras
El valor de que te precias,
Bien presto haré que conozcas

Cuán engañado veniste.
RENGO.
Si las estrellas que dora
El sol que tu frente mira,
Fueran las almenas toscas
De tus murallas humildes,
Vieras derribarlas todas
Para alfombra de mis piés.
CAUPOLICAN.
¡Cierra! ¡Al fuerte!
RENGO.
Al arma toca.
REBOLLEDO.
No deben de conocerme,
Pues que sin temor se arrojan.
CAUPOLICAN.
¿Qué os acobarda, soldados?
¿Sobre vuestras fuerzas propias
No podeis trepar el fuerte?
OROMPELLO.
Aunque no es hazaña heróica,
Verás sobre él á Orompello.
CAUPOLICAN.
Ya tu opinion valerosa
Se conoce, capitán.
REBOLLEDO.
Por este lado se arroja
El indio; si trepa el muro,
Déjenme con él á solas.
(Sube Orompello.)
OROMPELLO.
Ya no hay muerte que me espante,
Siendo el premio la victoria.
(Quitale el venablo, y salta
abajo el indio.)
REBOLLEDO.
¿Hay más desdichada suerte?
Perdí el crédito y la honra.
MARQUÉS.
¿Estas son las esperanzas,
Rebolledo? En tan honrosa
Ocasion, ¡perdeis las armas!
REBOLLEDO.
Si las perdí, poco importa
Que pierda tambien la vida.
(Échase del muro.)
TUCAPEL.
Matalde.
CAUPOLICAN.
No es valerosa
Hazaña: nadie le ofenda;
Que cuando solo se arroja
Por el honor que ha perdido,
Matarle tantos no es honra.
DON FELIPE.
Disparad los arcabuces,
Para que compren la gloria
De ofender á un español.
MARQUÉS.
Esa es accion vergonzosa.
No advertis que su caudillo
Pone á sus escuadras todas
Freno, y que solo permite
Que cuerpo á cuerpo se opongan
Los dos? Pues, no fuera afrenta
Que estos bárbaros conozcan
La ley de la cortesía,
Pues la publican con obras,
Y que me faltase á mí?
CAUPOLICAN.
Español, pues que pregona
El valor tu atrevimiento,
Prosigue, y tus armas cobra,
Si lo permite Orompello.

REBOLLEDO.
No en vano tu nombre goza
Tanta opinion de valiente.
OROMPELLO.
Hoy mis deseos se logran,
Español.
REBOLLEDO.
Tambien los miros.
CAUPOLICAN.
Tocad las cajas y trompas
Para infundilles valor.
REBOLLEDO.
Si no he de volver con honra,
Quede yo muerto en el campo.
MARQUÉS.
Bizarro el indio se arroja...
Animo gallardo tiene.
CAUPOLICAN.
Diera por esta victoria
Las demas empresas mias.
RENGO.
La batalla está dudosa.
CAUPOLICAN.
Orompello es buen soldado.
REINOSO.
Parece que el indio cobra
Más valor.
DON FELIPE.
Pues á mi alferez
Bastante esfuerzo le sobra
Para mayor enemigo.
(Derriba de un golpe al indio.)
RENGO.
Declaróse la victoria
Por el español.
CAUPOLICAN.
Espera,
No le mates.
REBOLLEDO.
Ya es forzosa
Su muerte: llegaste tarde.
(Quitale el venablo.)
CAUPOLICAN.
¿Quién eres entre los tuyos?
Porque esta hazaña pregona
Tu nombre.
REBOLLEDO.
Un pobre soldado,
Que apenas hay quien conozca
En mi ejército quién soy.
CAUPOLICAN.
Pues si al mismo Marte asombros,
Siendo el menor de los tuyos,
¿Qué serán los que coronan
El muro que hoy habeis hecho?
—Aunque sea vergonzosa
Esta retirada, amigos,
En esta ocasion me importa;
Que al ejemplo de un soldado
Sin obligacion forzosa
Para eternizar su fama,
Harán inmortales obras.—
Toca á retirar el campo.
TUCAPEL.
¿Es eso lo que blasonas,
Caupolican? ¡Vive el cielo,
Que mereces que te pongan
Insignias de vil mujer!
Tú, pues en el campo sobras,
Puedes retirarte solo;
Que Tucapel no perdona
Vida de ningun cristiano.
RENGO.
Yo haré que los aires rompan,

